

# ¿Quién es la Iglesia?

## Introducción

Acogiendo la Presencia del Espíritu de Dios en el nuevo Pentecostés que está regalando necesitamos reflexionar sobre nuestra identidad como cristianos y discípulos del Señor Jesús. La primera venida del Espíritu en el cenáculo reveló algo fundamental: **la relación con el Señor Resucitado, o es en comunidad o no es nada** (un YO disfrazado de Jesucristo y de experiencia religiosa).

La misma palabra “religión” viene del verbo latino “re-ligare”, que expresa “relación”, “comunicación”. Desde el comienzo de su vida pública Jesús llama a su seguimiento a los apóstoles y discípulos para que *estuvieran con Él* (Mc 3,14). Con ellos forma más que un grupo; construye su nueva Familia, como Él dice, la Familia de *los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen* (Lc 11,28). El Señor se regala sacándonos de todo aislamiento para convertirnos en el “nosotros” que llamamos Iglesia (“asamblea”). Finalmente el Espíritu Santo sucede y derrama sus dones cuando encuentra a los Doce reunidos en oración con María en el primer Pentecostés.

Por todo esto, no podemos preguntarnos “¿Qué es la Iglesia?” sino “**¿Quién es la Iglesia?**”. La Iglesia no son cosas sino personas. Es la Familia, el Pueblo, donde Jesús Resucitado permanece en la historia caminando con los hombres y mujeres del mundo.

## La Iglesia comienza en la Encarnación de Jesús

San Pablo explica en la I Carta a los Corintios (cf. Cap 12) que la Iglesia es el “Cuerpo de Cristo” del que Jesús es la cabeza. Esta expresión es muy fuerte: el apóstol nos está enseñando que **no podemos separar a Jesús de la Iglesia**, son una única cosa. Por eso, la Iglesia comenzó con la Encarnación de Jesús y para crecer en nuestra identidad como cristianos necesitamos seguir aprendiendo del estilo de Dios, que para darse a todos se hizo uno de nosotros. Desde la Encarnación, Dios se manifiesta en lo humano, lo cotidiano, lo sencillo, se hace próximo, acoge la vida de los demás, convierte lo más ordinario de la vida en algo maravillosamente extraordinario. El que era invisible se hace visible haciéndose hombre, de carne y hueso. Después de su Ascensión al cielo Jesús se hará visible en el Cuerpo de la Iglesia. Por eso, el Concilio Vaticano II dirá que la Iglesia es el **Sacramento universal de salvación** (Constitución Dogmática Lumen Gentium nº48). La Iglesia es la **Presencia en la historia del Señor resucitado**. En nuestra debilidad el mismo Jesús sigue hoy ofreciendo su Buena Noticia a todo el que necesita de Él.

**Sólo podemos entender quién es la Iglesia desde el Misterio de la Encarnación:** Dios se sirvió de lo humano, de lo débil, de lo pobre para regalarse a todos. Jesús llamó a su seguimiento no a los perfectos, como Él dice: *no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores* (Lc 5,32). A través de la historia el Señor ha seguido llamando a su seguimiento a personas imperfectas, pero *la fuerza se realiza en la debilidad* (II Co,12,9). El milagro en la Iglesia es que a través de hombres y mujeres pecadores Dios sigue haciendo su obra y sigue Presente en nuestro mundo. No nos quedemos en el envoltorio sino en el regalo que hay dentro del envoltorio. Para entender esto nos puede ayudar el repasar los **4 caracteres o notas** que Jesús ha regalado a su Familia:

**-la Iglesia es UNA:** la comunión en esta Familia no consiste en la uniformidad de personas iguales sino en algo más profundo. El Espíritu Santo es quien une en una misma fe y un mismo amor en la diversidad de los miembros que formamos la Iglesia. La diversidad hay que entenderla como una riqueza y no como un problema. Igualmente la unidad no es el producto de “intentar llevarnos bien” sino del seguimiento sincero de Cristo. **Si miramos a una misma dirección, Jesús, la Familia recibe el Don precioso de la comunión de unos con otros.** Sin esta mirada hacia Él, la unidad de corazón es IMPOSIBLE.

**-la Iglesia es SANTA:** no por la perfección de sus miembros sino porque participamos de la santidad de Cristo. Sólo Dios es santo. Nosotros, como miembros de su Familia, débiles y pecadores, nos gozamos de disfrutar de los dones del Espíritu y participar de la Vida de Dios. La santidad de la Iglesia consiste en el Amor de Dios que se derrama y abraza a cada ser humano, y desde ese amor lo va transformando para parecerse cada vez más a Jesús. Es una santidad recibida, participada, compartida en Familia. **No es una santidad autorreferencial sino siempre referida al único Santo: Jesús.**

**-la Iglesia es CATÓLICA:** es decir, “universal”, porque todos los hombres y mujeres de la tierra están llamados a conocer y disfrutar del Evangelio de Cristo. La Iglesia es **Familia de puertas abiertas** para acoger y compartir la Bendición de Dios. Así entendemos al Papa Francisco en su interés por “hacer puentes” y no “crear aduanas”. Ser católica es ser **Familia de brazos abiertos** y no vivir centrados o encerrados en nosotros mismos. Esto es aplicable a la Iglesia en general, a las parroquias, grupos...: el Espíritu Santo abre las puertas; no las cierra.

**-la Iglesia es APOSTÓLICA:** no hemos nacido de la nada sino de Cristo, que envió a los Apóstoles como testigos de su resurrección y maestros de la Fe. **Somos una familia con raíces**, donde necesitamos mirar hacia ellas para construir el Reino de Dios en el presente. Esta **fidelidad a los orígenes** es tan importante que Jesús nos regala el Sacramento del Orden Sacerdotal y la Sucesión Apostólica en la persona de los obispos para guardar y cultivar con fidelidad el tesoro de la Fe y no perder la referencia permanente a Cristo. Pero la **apostolicidad** hace referencia también al conjunto de los bautizados. El Espíritu Santo se derrama sobre todos los cristianos para convertirnos en testigos de Cristo vivo y poner en nuestros corazones la voluntad de Dios. Es lo que hemos llamado el **sentido de la Fe**: es la Familia entera de la Iglesia la que necesita en unión a sus pastores reconocer qué quiere y dice el Señor en cada tiempo y en cada lugar. Esto es un regalo y una responsabilidad de todos.

Finalmente necesitamos recordar que la apostolicidad de la Iglesia es **envío, ponerse en camino al encuentro de los otros** para comunicarles y compartir a Jesús. El Espíritu Santo sacó a los discípulos del cenáculo para llevarlos a la misión. **O somos misioneros o no somos nada.**

### **El Bautismo nos define: soy cristiano**

Si el Espíritu Santo nos está conduciendo hacia nuestras raíces y valorar lo que es fundamental en nuestra Fe necesariamente tenemos que renovar y considerar en todo su valor **el sacramento del Santo Bautismo.**

A través de los diferentes signos que acompañan a la celebración vamos a interiorizar lo que somos, el regalo impresionante que hemos recibido de Cristo:

**-Rito de entrada en la Iglesia:** entramos en Jesús por la “puerta de la Iglesia”. Siendo acogidos en esta Familia es la manera como nos incorporamos de verdad a Jesús. Nuestra identidad de cristianos es inseparable de nuestra identidad como miembros de la Iglesia.

Allí Dios nos llama por nuestro nombre, porque el Bautismo, más allá de una decisión personal o de nuestros padres es una **vocación**, es una decisión del Padre que nos ha llamado a su Vida desde toda la eternidad. Somos marcados con la cruz de Cristo, porque el camino que tenemos por delante hacia el cielo tiene como centro el signo de la cruz, donde descubrimos el Amor de Dios y este mismo amor será nuestro motor y nuestra misión.

**-Rito del exorcismo y unción con el óleo de los catecúmenos:** la vida cristiana es un **combate**, no contra las personas de carne y hueso sino, como explica san Juan en su primera carta, contra el *Demonio, el mundo y la carne*. Es bueno entender que la vida es un campo de batalla. Lo sabemos. Pero nuestra batalla no la hacemos desde nuestras fuerzas sino desde la **fortaleza del Espíritu de Dios** que viene a nosotros, habita en nosotros y se convierte en nuestro mejor aliado y compañero.

**-Promesas del bautismo:** porque el bautismo nos define *no podemos servir a dos señores* (Mt 6,24). Nos convertimos en discípulos de Jesús, por eso necesitamos renunciar a todo lo que nos separa de Él y hacer la promesa de seguirle en la Fe que nos ha regalado en la comunión de la Iglesia. Esa Fe nos enraíza en la Familia de Jesús, la Fe que nos transmitieron los Apóstoles y nos lleva al conocimiento del Dios que salva.

**-RITO DEL BAUTISMO:** es el comienzo de una vida nueva. ¿En qué consiste? En una comunión con Jesús, donde somos convertidos en **“otro Cristo”**. Ser cristiano es más que ser discípulo del Señor... es ser introducido en su Vida de tal manera que, en palabras del Apóstol *ya no soy yo sino que es Cristo quien vive en mí* (Gal 2,20). Ya no podemos entendernos a nosotros mismos sin hacer referencia al Señor Jesús. Somos verdaderamente **sumergidos en el Señor**.

**-Crismación:** después del bautismo somos ungidos con el santo crisma, signo de la Presencia del Espíritu de Dios en nosotros. Jesús recibe el nombre de “Cristo” (el Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo). Un cristiano es un ungido que unido a Jesús participa de los Dones y carismas del Espíritu Santo y de la dignidad y misión de Cristo.

*...Y seas para siempre miembro de Cristo, sacerdote, profeta y rey* (cf. Ritual del Bautismo/crismación del bautizado):

-con Cristo sacerdote: nuestra vida no nos pertenece sino que le pertenece a Él. Todo lo que somos y tenemos es suyo y para la misión de hacer presente el Evangelio. En el centro de nosotros mismos ya no está nuestro YO sino JESÚS. Con Él podemos ofrecer nuestra vida al Padre, como hijos queridos que se dejan conducir por el Espíritu de Dios.

-con Cristo profeta: para hablar de Dios a los demás y hablar a Dios de los demás. El Espíritu Santo se derrama sobre nosotros para que a través de nuestras palabras y obras construyamos el Reino de Dios en nuestro mundo.

-con Cristo rey: en un reino que consiste en amar y servir, pero no de cualquier manera. El Espíritu Santo nos fortalece para provocar en nosotros un amor de **entrega**, sacándonos de nuestro “yo” y poniéndonos en completa disposición a los demás. Una entrega que, como en Jesús, se realiza amando en las cruces de cada día. Servicio/amor/cruz y Espíritu Santo van unidos inseparablemente.

**-Vestidura blanca:** el vestido blanco que cubre al bautizado nos recuerda que hemos quedado completamente cubiertos de Jesús, con un corazón nuevo, purificado por la muerte y resurrección del Señor. El bautismo es la primera victoria de Cristo sobre nuestro pecado, ahora Él nos acompaña en nuestro combate para vivir en la pureza de corazón. Un corazón puro es el corazón que ama, a semejanza del Corazón del Señor.

**-Iluminación:** la luz que se recibe del Cirio Pascual es símbolo de la Fe que ha sido sembrada en el corazón del bautizado. Desde ahora, nuestro criterio para conducirnos en la vida será el Evangelio. Jesús será nuestro consejero, nuestro maestro y nuestro modelo. Aprendemos a vivir desde lo que vemos y conocemos de Él.

**-Oración del Padrenuestro:** la Oración del Señor es la oración del bautizado. En ella está todo lo que podemos decir y desear del Padre. No es una oración cualquiera. En ella se nos enseña a valorar lo que es verdaderamente importante de la vida y por tanto lo que el Espíritu nos mueve a pedir y agradecer como hijos amados de Dios. La oración se convierte en el lugar donde renovamos la gracia del Bautismo y acrecienta en nosotros los dones del Espíritu.

## **La Iglesia es una Familia: organización y carismas**

Como toda familia, la Iglesia necesita también de unas **“normas de convivencia”** que ayuden a vivir la Presencia de Jesús resucitado entre nosotros. Estas normas de convivencia proceden del Evangelio, de la Tradición de la Iglesia y de la experiencia de esta Familia que lleva dos mil años caminando en la historia. De alguna manera contribuyen a relajar nuestro YO y fomentar el NOSOTROS.

Unido a esto está el **aspecto “carismático de la Iglesia”**, es decir, la unción del Espíritu Santo que lleva cada bautizado con los dones y la misión que recibe **para el resto de la comunidad**. Si la Iglesia es sólo organización es un cuerpo sin alma. Si la ley fundamental de nuestra Familia es *amaos unos a otros como Yo os he amado* (Jn 13,34), el carisma es el que hace posible la vivencia cotidiana de este Amor de Cristo.

Por eso ley y carisma forman una unidad. Las dos van de la mano. Las dos son necesarias. Las dos se enriquecen mutuamente. En algunos momentos de la historia se han cuestionado o enfrentado estas dos realidades como si una fuera más importante que la otra, pero ha quedado demostrado que no es así. La organización sin carisma es un cuerpo frío e insensible; el carisma sin organización termina siendo un disfraz del propio YO que rompe la comunión y aleja de la caridad.

Jesús mismo es el que ha formado su Familia de esta manera; no es un invento nuestro. Desde el principio, elige entre los discípulos a doce apóstoles y pone a Pedro al frente de ellos; les da instrucciones de convivencia; instituye los sacramentos y explica cómo es la vida nueva de los que son y serán sus seguidores. Finalmente envía su Espíritu Santo para hacerse Presente hasta el final de los tiempos en esta Familia de la Iglesia, haciendo participar a sus amigos del mismo amor y poder de Dios.

Los capítulos 12 y 13 de San Pablo a los Corintios son fundamentales para entender esto. Todos los bautizados hemos sido ungidos por el Espíritu pero en tareas y capacidades diferentes **para el enriquecimiento de los demás**. Si entendemos que los diferentes ministerios de la Iglesia son dados por Jesús para el bien de toda la Familia, es decir, como **servicio y no para provecho propio**, evitaremos rivalidades y debates innecesarios. Igualmente necesitamos aprender que en la Iglesia no hay cristianos de “primera y segunda división” dependiendo del encargo que han recibido de Jesús sino que lo que más nos asemeja a Cristo es la **santidad**, en una vida realizada desde la fe y el amor. Otra cosa es que a veces hagamos de los carismas y dones del Espíritu una “medalla personal” pensando que los hemos recibido porque somos mejores que los demás. Eso ha sucedido y sucede. Eso finalmente hiere y divide la familia. **El Espíritu Santo une y no divide** y eso lo experimentamos cuando lo único que queremos y buscamos es la gloria de Dios y no que los demás nos aplaudan y nos alaben.

Entre los carismas y misiones que Cristo ha dado a la Iglesia está el **ministerio jerárquico**, donde algunos cristianos reciben el sacramento del orden sacerdotal para presidir a esta Familia. Jesús lo ha regalado para hacer visible entre nosotros su amor de Pastor, Maestro y Esposo de la Iglesia, que se ofrece a ella en una entrega incondicional y sin límites. Sin este ministerio nuestra Familia entra en “orfandad” porque nosotros necesitamos ver, tocar y escuchar este cuidado del Buen Pastor. Ahora bien, todos los dones, carismas y servicios en la Comunidad necesitan tener como común denominador **el amor**, especialmente el ministerio sacerdotal. Así lo explica San Pablo en el Himno de la Caridad (cf. ICo 13): *si no tengo amor, de nada me sirve* (ICo 13,2). Desde este punto de vista no hay conflicto entre pastores y laicos: todo está ordenado hacia Jesús y hacia el bien de todos; el conflicto tiene como punto de partida la falta de amor, bien de los pastores o de los laicos. El amor, primer fruto de la Presencia del Espíritu Santo, es el **“pegamento” que une a la Iglesia haciéndonos Familia y Cuerpo de Cristo**.

En resumen: la **comunión de nuestra Familia** se resume en la búsqueda de Jesús, en su seguimiento, tanto personal como global. Una Iglesia viva es la que tiene como meta y centro a Cristo; cristianos enamorados de su Señor. **Este es el regalo y la tarea diaria**: buscar a Jesús y seguirle. Desde aquí el Espíritu nos “organiza” en la unidad y en la diversidad de sus dones, carismas y ministerios.

## **La Iglesia: santa y pecadora**

El Misterio de la Encarnación nos enseña que Dios se ha hecho hombre, es decir, ha entrado en nuestro barro y nuestra debilidad mostrando su infinita ternura y misericordia. Jesús elige vasijas de barro para convertirlas en sus instrumentos, sus amigos y parte de su Familia. Ser cristiano no cambia nuestra naturaleza frágil sino que la convierte en un testimonio vivo de lo que Dios puede hacer en cada persona que se deja llevar por Él y pone en Él toda su confianza.

Por eso, tenemos que ser realistas: **nuestra Familia compagina al mismo tiempo la santidad de Dios y el pecado de los humanos**. Esto ha sido, es y será hasta el final de los tiempos. Por eso, la única manera de convivir estas dos realidades, santidad y pecado, no puede ser otra que la **MISERICORDIA**. El Espíritu lucha en nuestro interior para vencer nuestro YO y dar su espacio a Jesús, pero esto es un camino que se hace “a fuego lento”. Necesitamos ser conscientes de la **Misericordia** si no queremos vivir en un continuo enfrentamiento contra los demás o contra nosotros mismos, escandalizados por el pecado ajeno y propio. No es casualidad que el **Perdón** sea uno de los siete Sacramentos donde Jesús se manifiesta: Jesús cuenta con la fragilidad de sus hermanos y por eso nos ofrece esta medicina, imprescindible para vivir en la santidad de Dios. No somos santos perfectos, sino santos amados, perdonados, abrazados y sostenidos en la Misericordia de Dios.

Dicho esto... **¿cuál es la tentación que ha acompañado y acompaña a nuestra Familia a lo largo de su historia?** Antes y después es la misma: **el pacto con el “mundo”; una Iglesia mundanizada**. Forma parte de nuestra misión escuchar el corazón de las personas, sus necesidades y ser próximos a los demás; otra cosa es adoptar en nuestra propia mentalidad y comportamiento las formas que se han ido proponiendo desde la sociedad **contrarias al Evangelio** (lo que San Juan llama en su primera carta “mundo”).

Por ejemplo: las guerras de religión, una Iglesia combativa por el dinero y el poder, cosas que se critican actualmente y son realmente pecados en la historia de nuestra Familia... ¿a quién estaba o está imitando la Iglesia? **No es fácil permanecer fieles a Jesús cuando somos minoría**. Surge el miedo, la inseguridad y desde esa debilidad damos la mano al “mundo” y no a las personas. Necesitamos que el Espíritu nos mantenga en vela para buscar la Misericordia de Dios en nuestro pecado y reconocer la tentación de la mundanización.

**El discernimiento:** Jesús mismo nos enseña que una actitud fundamental de nuestra Familia tiene que ser *estar en vela* (Lc 21,36), vigilantes para reconocer lo que viene de Dios y lo que no viene de Dios. Necesitamos entrar dentro del propio corazón y a la luz del Espíritu **valorar nuestras intenciones**. **Toda reforma de la Iglesia y de la sociedad tiene como punto de partida la reforma del propio interior de cada persona**. Sin interioridad, profundidad y sinceridad con uno mismo regalamos nuestra libertad a lo que los demás quieran, piensen y decidan sobre nosotros. **La libertad nunca se regala a nadie**. De ahí la enseñanza de la Iglesia de **cuidar y formar la conciencia personal**, como verdadera luz de Dios para saber caminar y elegir en el día a día, conforme al Evangelio. Este es el punto de partida del discernimiento.

Seguidamente, Jesús nos aconseja *por sus frutos los conoceréis* (Mt 7,20). La diferencia entre el bien y el mal lo reconocemos muchas veces cuando nos damos cuenta de sus consecuencias. A veces no tenemos la luz suficiente en el momento de elegir y nos damos cuenta del acierto o el error por el fruto de nuestras decisiones. **Esas consecuencias son también un criterio fundamental de discernimiento**.

En tercer lugar, está la **profecía**. ¿Qué es esto? La palabra y el ejemplo de los amigos de Dios, que en muchas ocasiones se convierte en “denuncia” de aquello que no se está haciendo conforme al querer de Jesús. Los santos han sido la expresión más bella de esta profecía en la Iglesia. Cuando no somos capaces de reconocer en nosotros la voz de Dios necesitamos mirar el testimonio de estos profetas que nos aporten la luz que buscamos.

**¿Qué rasgos tienen estos verdaderos profetas?** 1. Hacen y viven lo que dicen. 2. No buscan el beneficio personal y se arriesgan a perder o no ser considerados. 3. Hablan desde el amor, se sienten hermanos y no superiores a nadie; no juzgan sino que dan testimonio. 4. Son personas de oración. 5. Buscan la discreción y no las “cámaras”; no son demagogos. 6. Están dispuestos a “arrimar el hombro”. 7. Son transparentes y sencillos. 8. Saben escuchar.

### La Iglesia siempre en reforma

Si una tentación es la “mundanización” otra tentación, no menos grave, es la “parálisis”: si la Iglesia no camina y mira hacia el futuro retrocede. El miedo colabora tanto en la mundanidad como en el anquilosamiento que hace que la Iglesia se cierre en sí misma, “pliegue velas” y se agarre a seguridades que no son la seguridad de Cristo. Sin embargo Jesús nos dice: *remad mar adentro* (Lc 5,4).

El dejarse llevar por el Espíritu de Dios conlleva el valor para dar pasos adelante para ser fieles al Evangelio y a la vez sembrarlo en la sociedad de cada tiempo y de cada lugar. Por ello, una cosa es mirar a Jesús y vivir en su voluntad y otra cosa es pensar que su voluntad son las seguridades que nosotros nos montamos y que ya no sirven para que su Gracia llegue a todos. **Hay que distinguir entre lo fundamental y lo accesorio, entre el regalo y el envoltorio, entre el fin y los medios...**

El Papa Francisco lo expresa de esta manera:

*prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: «¡Dadles vosotros de comer!» (Mc 6,37). (cf. Evangelii Gaudium n°49)*

La medicina ante la parálisis es la misma que para la mundanidad: **discernimiento**. Es más fácil vivir en “lo de siempre” o el “siempre se ha hecho así”; sin embargo, lo propio de Pentecostés es la **audacia que da el Espíritu** para estar abiertos a los cambios necesarios. La clave es esa: **dóciles a la acción del Espíritu de Dios, atentos a escucharle, disponibles para entregar la vida por Jesús** más allá de nuestros miedos y de nuestras limitaciones.

